



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 16 (2010)

LA AVEJA EN EL JARDÍN FLORIDO: UN CALENDARIO EN MEDIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Elías DURÁN DE PORRAS
(CEU Cardenal Herrera, Valencia)

Recibido: 31-07-2010 / Revisado: 29-09-2010
Aceptado: 10-10-2010 / Publicado: 22-12-2010

RESUMEN: En 1811 apareció en Valencia una publicación que muestra hasta qué punto un ejemplo del «periodismo» del siglo XVIII se vio afectado por la guerra de la Independencia. *La Aveja en el Jardín Florido* fue obra de Francisco Xavier Ribera y Aravítg, un médico de Sitges interesado en los pronósticos y calendarios. Su obra en Valencia, inmersa en medio del conflicto entre franceses y españoles, tuvo su continuación veinte años más tarde en calendarios que debieron de tener bastante éxito en la Cataluña de los años treinta y cuarenta pero que, a diferencia del ejemplar de 1811, no entraron en política.

PALABRAS CLAVE: *La aveja*, Francisco Ribera Aravítg, Valencia, pronósticos-calendarios, Guerra de la Independencia.

LA AVEJA EN EL JARDÍN FLORIDO: A CALENDAR EDITED DURING THE PENINSULAR WAR.

ABSTRACT: *La Aveja en el Jardín Florido* was a publication which appeared in Valencia in 1811. It shows how a publication type of the eighteenth century press changed because of the struggle between French and Spaniards. The author, Francisco Xavier Ribera Aravítg, was a doctor from Sitges, Catalonia, interested in prediction and calendars. His writings in Valencia, in the middle of the Peninsular War, had its continuity twenty years later in some other calendars, with the same title, which must have been success among the Catalonian readers during the thirties and forties of the nineteenth century. But the big difference between the issues of the thirties and the Peninsular War ones was the topics on politics.

KEYWORDS: *La aveja*, Francisco Ribera Aravítg, Valencia, calendars, Peninsular War.

La Guerra de la Independencia supuso un aldabonazo dentro del panorama periodístico español. No sólo por el vacío de poder que permitió la salida de innumerables publicaciones, sino también porque durante la guerra eclosionaron todas las ideas y experiencias periodísticas que se habían acumulado en el siglo anterior. Valencia es buen ejemplo de ello. Durante el siglo XVIII había sido uno de los más brillantes exponentes de la ilustración española (Mestre, 1976: 65 y ss.; y 1989). Su vida intelectual y la expansión comercial habían permitido el nacimiento de varias publicaciones con diferente suerte. Por tanto, en la capital del antiguo Reino de Valencia, los libreros, comerciantes e intelectuales conocían bien las bondades de los periódicos. Con la llegada de la Guerra de la Independencia, Valencia era ya una tierra abonada en la que florecieron varios escritos periodísticos como el que es objeto de este estudio: *La Aveja en el Jardín Florido*, una publicación más propia del siglo XVIII español pero que vivió inmersa en ese terrible conflicto de comienzos del XIX.

I. EL PANORAMA PERIODÍSTICO VALENCIANO ENTRE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Según Antonio Laguna (2001: 25 y ss.), Valencia tuvo desde el punto de vista periodístico dos dinamizadores culturales en el Antiguo Régimen: comerciantes y libreros. Así, gracias a los primeros la imprenta llegó a Valencia en fechas tempranas en comparación con otras regiones españolas, mientras que los segundos se convirtieron en verdaderos servidores de la vida intelectual de la ciudad a través de las tertulias que acogieron a lo largo del siglo XVIII. El primer gran exponente de esa necesidad por la información periódica moderna, fruto del desarrollo comercial y económico, fue el *Diario de Valencia*, aparecido en 1790, gracias a la colaboración entre un valenciano y un francés, que luego siguió con sus empresas periodísticas en Sevilla y Cádiz (Bilbao, 1994: 27). El otro gran protagonista de aquel primer desarrollo sería el *Correo de Valencia* durante su primera etapa (1797-1799).

Con el estallido de la Guerra de la Independencia la Junta del Reino, como en otras partes de España, puso a su disposición una *Gaceta* con la misión de informar y mantener vivo el espíritu patriótico (Gil Novales, 2006: 41-122). En Valencia, como en tantas partes de nuestra geografía, la solución no fue suficiente a la larga. El periodismo político se iba constituyendo y era creciente el deseo de conocer qué estaba ocurriendo en el verdadero centro político, Cádiz. No es de extrañar, pues, que los libreros se acostumbraran a partir de 1811, ya con las Cortes asentadas, a la reimpresión de algunas publicaciones de la «tacita de plata» como *El Robespierre Español*, del que se reprodujeron varios números en 1811, o *El Conciso*, que apareció con el título de *El Logógrafo o El Monitor Secreto*. En 1813, y ya sin el yugo francés, sería *El Tribuno del Pueblo Español* el que recorrería los salones valencianos (Gómez Imaz, 1910). Por tanto, Valencia vivió también lo que se ha denominado en un reciente libro «la explosión de la prensa» (Álvarez Junco y de la Fuente, 2009: 56).

Además de las anteriormente citadas, existieron otras publicaciones valencianas muy politizadas escritas al margen de las oficiales, si bien el profesor Antonio Laguna considera que la discriminación entre periodismo oficial y político resulta «más metodológica que exacta» (1990b: 47), pues ninguna escatimó entrar en polémicas cuando éstas llegaron a Valencia. Así que mientras en 1808 el *Diario Napoleónico* y la *Gaceta del Infierno* son de corte patriótico, los periódicos de 1809 tales como *El Observador Político y Militar de España*, que pasaría a llamarse posteriormente *El Observador Moral, Político y Militar de la Corona de Aragón*, son de carácter marcadamente antiliberal, según el mismo autor. *El Diario Mercantil de Valencia*, *El Criticón de Valencia* y *El Viejo de la Capa Azul*, ya en 1811, acercaron a sus lectores la fuerte lucha política existente en España. También hubo otras

como *Saro Perrengue y Doctor Cudol*, en 1813 y escrito en lengua valenciana, que volvía a la tradición de los «coloquios» tan abundantes en el XVIII, y que siempre mostraban juicios sobre la vida desde dos puntos de vista, el del valenciano festivo y el intelectual (Navarro Cabanes, 1928). Aunque nos resistimos a pensar que esta última publicación pueda ser considerada periodística.

Con respecto a los calendarios, existía cierta tradición en la capital del Turia. Así Luís Tramoyeres cita la importancia del *Diario Valenciano de las 40 horas*, obra del beneficiario de la Catedral Vicente Rodríguez Volo. Aunque su título podría ser periodístico, el historiador Guinard, como recoge Jesús Bilbao, no lo considera una publicación periodística, sino un mero soporte de publicidad religiosa (1994: 27). En cambio, hay otros autores que sí creen que los calendarios tenían trascendencia, sobre todo como vehículo de información y podrían ser vistos como una cierta forma de periodismo (Blasco Ricard, 1983: 141).

También existían pronósticos en Valencia, aunque en el tradicional estudio de Francisco Aguilar (1978) casi no aparecen. No obstante y como apunta Aguilar, hay que distinguirlos de los almanaques o calendarios porque en estos últimos «se limita el autor a señalar las festividades y las estaciones del año basándose en el cómputo de las lunaciones» (1978: 15).

El debate sobre los calendarios y pronósticos es más complejo y han entrado en él autores como Iris Zabala o G. Mercadier, entre otros. Para la primera autora son de variado tipo. Distingue una línea más literaria y otra más instructiva (Zabala, 1978: 194). De hecho, entre las segundas cita algún ejemplo de obras médicas y de lenguaje sencillo que «anticipan las *do it yourself*» (1978: 195), y que son parecidas a *la Aveja*. Guy Mercadier, por su parte, señala la utilidad de este género tan «complejo» que combinaba la utilidad y diversión, y cuya posesión permitía al propietario «desquitarse de la imposibilidad de tener acceso a la cultura noble, la que transmitían los verdaderos libros» (1995: 140).

Lo que no cabe duda era que ambos tipos de publicaciones son consideradas ejemplos de la literatura popular existente y eran consumidas «con avidez por todas las capas sociales, no especialmente interesadas por la cultura de minorías. Dentro de ella se pueden incluir, con todo derecho, los almanaques y pronósticos, de tan antigua tradición popular, y que en España cobraron inusitado auge hasta 1767» (Aguilar Piñal, 1978: 12). *La Aveja*, como veremos, no encajaría en un pronóstico, sino más bien en un almanaque o calendario, a pesar de que incluye en las páginas 17, 18 y 19 una «tabla de pronósticos» relacionada con la evolución de un enfermo en función del día en que contrajese la dolencia y otras hojas en las que se determinan los días que son considerados funestos.

2. UNA «AVEJA» QUE VUELA EN TIEMPOS DIFÍCILES

Entre toda esta marea de publicaciones que se dieron durante la guerra contra el francés hay una que ha pasado casi desapercibida pese a existir una colección en la Biblioteca Nacional. Nos referimos a *La Aveja en el Jardín Florido*, que apareció en el segundo semestre de 1811 y que llegó a ser difundida en Cádiz, según Beatriz Sánchez Hita, que ha tenido la gentileza de hacernos llegar la colección que se conserva (BN. R/38172[3]). Según la autora gaditana (2008: 39):

Este periódico parece estar destinado a mujeres y en cierto modo continúa la estela del periodismo dieciochesco. No ha sido citado por Gómez Imaz (1910), tampoco por Luís del Arco (1914), y no se recoge entre los periódicos publicados de 1808 a 1814. El papel se anunció en el *Diario Mercantil* del 15 de septiembre de 1811, allí se indicaba que se vendía en la ciudad y en la Isla de León.

«La Abeja en el Jardín Florido periódico que sale todos los meses. Contiene diferentes curiosidades, descubrimientos, secretos, poesías, etc. Se vende el primero y el segundo número correspondiente a los meses de julio y agosto en el puesto principal del diario de la Carne número 1 y en la Isla calle de Vidal número 4 tienda de modas».

Antes de entrar en qué tipo de publicación podría encasillarse esta «Abeja», habría que ver quién fue su autor y en qué situación se publicó. Las siglas que aparecen bajo el título pertenecen a las iniciales de D. Francisco Xavier Ribera y Aravítg, un médico y cirujano catalán que dejó escritas varias obras y muy aficionado a la divulgación científico-popular. Sabemos que era de Sitges y galeno porque incluso en uno de sus libros posteriores, *El cirujano o médico de valde* (1838), se afirma que era licenciado en cirugía médica, con residencia y ejercicio en la villa catalana en ese año. Pocos más datos aparecen sobre este autor, pese a que se han consultado el *Diccionari Biografic de Metges Catalans*, en el que no se apunta nada más en una breve referencia: «Metge de la primera mitad del segle XIX, nascent a Sitges, autor d'un *Historia del Cólera morbo acuático*, Barcelona, 1834, i d'*El Médico y el Cirujano de valde o prontuario del arte de curar*, Barcelona, 1838» (Calbet y Camarasa, Corbella i Corbella, 1983: Vol. III, 29). De la misma manera aparece Rivera Aravítg en el *Diccionario Crítico de los escritores catalanes* (Torres Amat, 1836). Gracias a la ayuda del catedrático emérito de Medicina Legal y Toxicología de la Universidad de Barcelona, el Dr. Jacint Corbella i Corbella, hemos tenido acceso a nueva información inédita procedente de la nueva edición del diccionario en el que está trabajando el Real Colegio de Medicina de Cataluña. Por la información facilitada, conocemos ahora que Ribera Aravítg nació el 25 de diciembre de 1778 en Sitges (Garraf) y murió en Barcelona el cinco de febrero de 1850. Hizo las prácticas en Reus con Mariam Salvador entre 1808 y 1814 y obtuvo su Bachiller en Filosofía en 1813. Más tarde se licenció en Medicina y en 1818 revalidó su título de cirujano. Ejerció su profesión en Sitges y Barcelona, donde para lograr pacientes participó en los sorteos de enfermos sin recursos que los galenos voluntarios se comprometían a sanar de manera gratuita. Estuvo casado con Ana María Mestre. (*Diario de Barcelona*, 1840: Vol. X., 4030; 1841: Vol. I., 279; 1845: Vol. XII, 4445; y Archivo Administrativo del Ayuntamiento de Barcelona, 494-58, 22).

Por otra parte, después del prólogo en *La Abeja* el escritor anuncia: «Como las actuales circunstancias pueden proporcionarnos á los emigrados el deseado regreso á nuestras casas, variará entonces la subscripción; se advierte al Público, para que en ningún tiempo pueda ser reconvenido el Autor». Es evidente que el cirujano se encontraba exiliado en Valencia debido a la presencia de los franceses en su tierra, lo que nos puede llevar a pensar que tuvo alguna participación en el levantamiento contra los galos o que podía temer por su vida.

Sea lo que fuere lo tenemos en la capital del Reino de Valencia en el año 1811, y posiblemente para ganarse la vida optó por la divulgación ante la falta de título en Medicina acreditativo. Es curioso que la mayoría de su obra de la que tenemos conocimiento se corresponda a ese año 1811 y a la década de los años treinta. Existe, pues, un intervalo en el que parece que Ribera o no se interesó por las letras o no nos han llegado ejemplares que pudiera haber escrito. De hecho el ejemplar que analizamos de *La Abeja* tuvo su continuación en 1835, 36 y 38, como veremos más adelante.

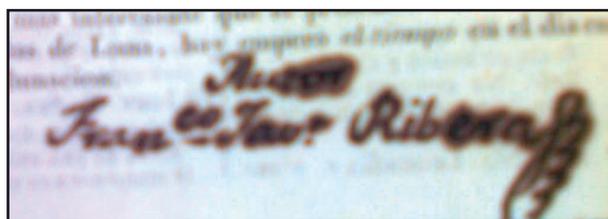
Pero en ese año, en 1811, además de los tres primeros ejemplares de *La Abeja*, publicó en Valencia *El hombre divertido ó Entretenimientos jocosos: historias, novelas, chistes y tratados útiles y placenteros: tomo 1ª*, de 32 páginas y en este caso en la imprenta de José Tomas Nebot, con el que repetiría en la edición de *Tratado de la peste y calenturas tanto putridas*

y pestilentes como intermitentes: tercianas, quartas &c. con sus correspondientes remedios, de 16 páginas; por último *Maximas de Estado*, 48 páginas en la misma imprenta que *La Aveja*, de nuevo en la de Miguel Estevan y Cervera.

Con posterioridad a la guerra, ya en la década de los treinta, volvió a reeditar *La Aveja en el jardín florido; o sea Calendario Perpetuo, instructivo, curioso, divertido y muy útil tanto a los labradores, hortelanos, jardineros y aficionados a criar aves*. Título que habla de las intenciones de la obra por sí sola a diferencia de la editada en 1811. Ribera Aravítg completaría su obra a lo largo de cuatro años en ediciones anuales en la Imprenta de Tomás Gaspar, de la que sólo hemos visto ejemplares en 1835, 1836 y 1838. Es una continuación de la obra impresa en Valencia 1811. Así lo afirma su propio autor en la «Advertencia o Prólogo» a la edición de 1835:

Se dió principio a esta obra en Valencia en el año 1811; salía mensualmente, pero la invasión de los franceses la suspendió después del tercero mes. He vuelto a emprenderla, pero tan aumentada que no parece la misma. Contiene la presente: Las épocas célebres. Las cuatro temporadas, vigiliias del año, y días de que consta cada mes, todo en verso. Tabla para la letra dominical; de la epacta, del aureo número, y de las fiestas movibles para todo el presente siglo. Juicio del año en verso [...]

Al margen de estas «abejas» existe otro interesante ejemplar en la Biblioteca Nacional (BN D/19850) que muestra el interés del médico de Sitges por los almanaques y calendarios. Nos referimos al *Almanaque y Calendario General para el año 1845*. En esta ocasión no aparecen las siglas de Ribera Aravítg, sino «por el Autor de la Aveja en el Jardín Florido» lo que nos lleva a pensar que la obra debió tener algún impacto. De pequeño formato, para llevar en el bolsillo, consta tan sólo de 28 páginas y en la última se afirma: «El año próximo saldrá otro calendario por el mismo estilo, tanto ó mas interesante que el presente. En este si bien no hay cuartos de Luna, hay empero *el tiempo* en el día que hace la lunación». La obra tiene paralelismos con *La Aveja* pues si en ésta aparecen presagios y consejos para el campo, además de un pronóstico sobre si el día es o no considerado benévolo, de la misma manera en la edición de 1811 Aravítg deja espacio a lo mismo. Por cierto, que bajo este último párrafo de la obra aparece la que quizás fuera la firma original del médico catalán pudiéndose considerar un ejemplar autografiado o dedicado.



Asimismo, Aravítg sacó a la calle *El médico de valde*, cuyo subtítulo es bien significativo: «obra en la que se han recojido los mas selectos remedios para curar todas las enfermedades, sin socorro, ó mas bien sin esponerse á los desaciertos de los médicos y cirujanos, y por lo mismo utilísima á todos los que desean vivir. Va un alfabeto de síntomas, para conocer las enfermedades, que es el único escollo donde naufragan los pilotos del arte de curar». También sacó, como hemos visto con anterioridad, una *Historia del Cólera Morbo asiático* y un interesante apéndice a una obra de Jerónimo Cortes (1848) que

denota su gusto por la astronomía y los pronósticos, tan comunes en la España del siglo anterior.

Visto lo anterior, Ribera Aravítg puede ser considerado uno más de ese «periodismo sin periodistas» del siglo XVIII que señala la Dra. Urzainqui, siempre y cuando su obra pueda ser llamada periodística:

Gentes de pluma, aficionados a escribir que antes, durante o después publicaron obras de historia, filología, religión, poesía, traducciones, etc., y que acudieron al periodismo atraídos por esa nueva y revolucionaria forma de escritura, como también, por qué no, al señuelo de las ganancias que, por muy modestas que fueran, les ofrecía ... Los que se dedicaron a esta actividad los hicieron sólo ocasionalmente, durante breves periodos de su vida, y rescatando o hurtando parcelas del tiempo y dedicación a toda suerte de profesiones, desde profesores a clérigos, pasando por abogados, médicos, comerciantes, militares y funcionarios de todo tipo (1995: 71-72).

Aravítg fue sólo un médico que se acercó al periodismo atraído por las ganancias que necesitaría en su estancia en Valencia pero más interesado, por lo que a su obra respecta, en fórmulas periodísticas más cercanas a la difusión científica o almanagues populares del siglo de las luces, como hemos visto en los ejemplares de la década de los treinta o en el ejemplar de 1845. Por tanto, considerarlo periodista o con afán periodista, y siguiendo el juicio de la Dra. Urzainqui, es algo atrevido.

Pero el interés del médico de Sitges, todavía entonces un joven estudiante en prácticas, no era aislado. Hay una obra que estudia la pasión de la Medicina catalana por las publicaciones periódicas y que es bien útil para comprender al médico catalán. Nos referimos a *Prensa médica en Cataluña hasta 1900* (Calbet y Camarasa, 1967), que incluye las tribulaciones de varios médicos que tuvieron que dejar Barcelona por la presencia de los franceses, como los autores de las *Memorias de Agricultura y Artes*, editadas con posterioridad al conflicto (1815), e incluye también el interés de los médicos por llevar a sus compañeros el espíritu de la Ilustración y el interés por todas las artes y ciencias en el *Periódico de la Sociedad de salud Pública de Cataluña* (1821), *El Europeo, periódico de Ciencias, Artes y Literatura* (1823) y la *Correspondencia Literaria Médica o Periódico trimestre de Medicina, Cirugía, Química y Pharmacia* (1804). Por tanto, podemos afirmar que el interés de Aravítg por la divulgación no era único, sino era un fenómeno común resultado de una época, la de finales del XVIII y primeras décadas del XIX, donde la creación de Real Colegio de Cirugía y de la Real Academia de Medicina fue un revulsivo para renovar los estudios de medicina al mismo tiempo que nacía el periodismo médico (Calbet y Camarasa, Corbella i Corbella, 1983: Vol. 1, 8).

El editor, Miguel Estevan y Cervera, por su parte, también merece atención. Pertenecía a una de las familias del gremio de impresores de Valencia. Posible hijo de José Estevan Dolz, se repartió la imprenta con su hermano José Estevan y Cervera. Según Serrano y Morales (1898: 142-144), comenzó a trabajar por cuenta propia en 1795 y tenía gran interés por las obras de escaso volumen y por los periódicos. En su imprenta nació *El Periódico Correo de Valencia* en 1797, publicación que salía todos los lunes y viernes, y otra serie de libros de difusión entre los que podríamos incluir las obras de Ribera y Aravítg. Serrano y Morales cree que la falta de obras de este cuño hasta 1820 podría deberse a que pudo haber formado sociedad con su familia durante algún periodo. En cualquier caso tanto esa imprenta como la de José Tomás Nebot debían de ser de condición menor en comparación con otras de las que se habla extensamente en el catálogo de Serrano Morales.

¿Dónde podía adquirirse la obra o dónde se debían de suscribir los lectores valencianos? En la página 127 se publica una nota en la que se dice que los interesados en renovar la suscripción debían hacerlo en las «librerías de Josef Carlos Navarro, en los Hierros de la Lonja; y Manuel López, plaza del Colegio del Corpus Christi; y se venderán los números antecedentes en los puestos del Diario de la Plaza de la Seo, frente a la Merced, calle de la Carda y del Empedrado, todo al precio indicado». El público objetivo es bien claro en *La Aveja*, tanto en la correspondiente a 1811 que es objeto de este estudio, como en las que le siguieron en Barcelona en la década de los años treinta.

No sabemos si la obra tuvo o no éxito entre el público lector. Conocemos por la edición de 1835 que no se publicaron ejemplares correspondientes a octubre, noviembre y diciembre, pese a que se anunciaron los contenidos del mes de octubre (*La Aveja en el Jardín Florido*, 1811: 128). Pero es evidente, como explicó el mismo autor años más tarde, que la presencia de los franceses en el antiguo Reino de Valencia hizo que muchos residentes abandonasen la ciudad. Podríamos entender, entonces, que gran parte de las publicaciones cesaron incluso antes de la entrada de los franceses por el estado de la guerra o por la huída de algunos de sus autores, sobre todo después de que los españoles perdieran la batalla de Sagunto, en octubre de 1811. Lo que no acertamos a adivinar con la información que disponemos es por qué Ribera Aravítg no volvió a publicar nada parecido hasta veinte años más tarde. Tampoco cómo llegaron a Cádiz y quién los llevó.

3. PERIÓDICO O ALMANAQUE: ¿UN PERIODISMO DEL XVIII OPORTUNISTA O UN ALMANAQUE EN MEDIO DE UNA GUERRA?

Es evidente que a lo largo del siglo XVIII se dieron muchas fórmulas de periodismo, aunque el propio término «periodismo» se ha generalizado. *La Aveja* es un buen ejemplo de cómo esa corriente literaria tuvo presencia durante parte del XIX antes de que aparecieran las modernas fórmulas periodísticas más cercanas a lo que entendemos hoy como periodismo. La lectura del texto del médico Ribera Aravítg permite conocer cómo eran algunos de los impresos de «literatura popular» que recorrían la geografía española a la par que ilustra cómo a comienzos del XIX convivían fórmulas de periodismo arcaicas y modernas.

Siguiendo el estudio de la prensa del siglo XVIII de Inmaculada Urzainqui ya citado, podríamos catalogar la obra ante la que nos encontramos entre una «prensa antológica» sencilla y una «prensa miscelánea», si bien, como recoge la catedrática, «difícilmente adscribibles al campo preciso del periodismo, a no ser con criterios de generosidad» (1995: 145).

Lo que es evidente es que nos encontramos quizás ante una fórmula de periodismo popular del XVIII algo oportunista. Dicho de otra manera, ante un almanaque que aunque su función era bien otra, como puede contemplarse en los ejemplares de *La Aveja* de la década de los treinta, deja espacio en sus páginas al vivo espíritu antinapoleónico para atraer lectores. Sería pues uno de esos «cajones de sastre» comunes en el XVIII. «Una miscelánea de carácter heterogéneo y plural con variedad de secciones» (1995: 145). El prospecto de *La Aveja* es elocuente:

Esta obra que te ofrezco, es un conjunto de flores de exquisita fragancia. En pocas páginas hallarás mas diversión, provecho y utilidad, que en otros libros de mucho volumen, que solo sirven de embarazo.

No es mi ánimo ventilar la verdad de lo que escribo; cito los autores que lo traen [A lo largo de la obra se puede observar el detalle con el que Aravítg cita las fuentes

de procedencias de sus aforismos, refranes, sentencias, etc.]: si mi método merece tu aprobación, seguiré con el mismo mensualmente, hasta completarse un año entero, que en la mayor parte podrá servirte perpetuamente. Las Máximas que te presento á la fin de que si te acomoda, puedas ir formando un volumen aparte. Vale (3).

Por tanto, Ribera quiere que su obra perdure en forma de libro como tantas de las que se editaron en el siglo XVIII. Su afán es que pueda acabar en una estantería en una forma de literatura popular de la que se podría extraer parte. De hecho así editará la misma obra con diversos cambios en la década de los años treinta. Ese era quizás su deseo entonces. Pero a la vez existía un oportunismo editorial. Al margen de la obra en sí, el editor, en una Nota al final del texto apunta: «En el número siguiente se dará en vez de los versos el Mapa general iluminado (*La Aveja*: 80) que se ofreció en el número anterior; y se espera dar igualmente gratis á los subscriptores, un sucinto tratado sobre la peste y calenturas, tanto pútridas y pestilentes como intermitentes, como son tercianas, quartanas, &c. con los preservativos y remedios que les correspondan». Lo que nos hace pensar que Aravítg tenía compromiso con el editor de escribir pequeños textos médicos para promover las ventas.

Asimismo, en los «Asuntos que trata la obra», Ribera Aravítg evidencia la intención del prospecto y confirma el sentido de cajón de sastre que tiene la publicación. Según se dice, se tratan:

Fiestas del mes. Régimen de sanidad. Trabajos propios de los Labradores en este mes. Calendario, Jubileo, y en cada día del mes un secreto de la naturaleza. Signo dominante, su calidad é influencias en los recién nacidos. Tabla Astronómica del nacimiento y ocaso Solar en todas las capitales de España. Otra de Madrid. Pronóstico de las enfermedades, para conocer en el primer día el éxito que deben tener (Variará cada mes). Cría de pájaros. Días del mes que los antiguos tuvieron por infaustos. Dos descubrimientos ó secretos muy útiles. Poesías varias á diversas acciones de la presente guerra, así generales como particulares. Medios de que se han valido la Francia para el engrandecimiento de su imperio, y método para abatirle (variará.) Máximas de Estado (*La Aveja*: 4).

Si exceptuamos el estado general de las cosas, nos referimos a la Guerra, las publicaciones posteriores de *La Aveja* no tocan temas políticos o militares. Incluso en el Almanaque de 1845 sólo hace referencia al santoral del día y Efemérides, «Épocas Célebres, Barómetro Animal y curioso, Consejos saludables, Calendario», así como las entradas y salidas del correo en Barcelona, por días de la semana y destinos, presagios de las estaciones y consejos para el campo y salud con respecto al clima y la lluvia como también un refrán para cada día relacionados siempre con el mes. Por cierto, muchos de los días vienen acompañados de sentencias como «Job tuvo por bueno ese día», «Varios tuvieron ese día por fatalísimo», «Los egipcios y varios tuvieron ese día por fatal», etc., típico de los pronósticos y que ya aparecían en la edición de 1811 (*La Aveja*: 67).

Es por tanto que *La Aveja* responde al modelo tradicional de calendario sin olvidar la gran complejidad de este género como se ha citado antes en palabras de Guy Mercadier. Sí es evidente que tiene similitudes con este género tradicional por varios motivos. Entre ellos el gusto por meter temas de salud tan comunes en la tradición de los calendarios, así como versos «de género burlesco muy vivaz» muy cercanos al público lector y bastante contrapuesto al espíritu ilustrado (Mercadier, 1995: 141 y 145).

El título de la obra también merece atención. Aunque el término «abeja» era usual en Europa para referirse a periódicos y colecciones misceláneas, al ser el autor catalán puede que estuviese inspirado en *La Abeja Política y Literaria*, si bien el contenido era bien distinto, pues la anterior publicación, como recuerda Pedro Gómez Aparicio, era «de notorio matiz antiespañol e irreligioso... en la que de manera especial se reproducían textos incendiarios de la Prensa del otro lado de los Pirineos» (1967: 68). De todas formas, parece que la publicación tenía un marcado tono proveniente de la Ilustración y es posible que inspirase la obra de Ribera y Aravitg. Años más tarde, concretamente entre 1845-1852, apareció en Cataluña *La Abeja Médica*, «la revista más important en el panorama de la medicina catalana de meitat del segle XIX» (Calbet y Camarasa y Corbella i Corbella, 1998: 119). Es evidente que la «Abeja» tenía repercusión entre los aficionados a divulgar ciencia o información en Cataluña.

Pero como hemos indicado en el prospecto, al hablar de «un conjunto de flores de exquisita fragancia», alude al título, *jardín florido*, a la par de que intenta atraer quizás a una sociedad agraria como la valenciana de comienzos del XIX. Si el subtítulo de la obra editada en Valencia en 1811 no lo deja claro, la reedición ampliada de 1835 es concluyente como hemos dejado presente.

Lo más interesante de la obra y lo que la distingue de sus hermanas de la década de los treinta es la información acerca de la guerra, que él mismo llega a llamar «noticia» como puede leerse en la nota 31. Es algo que puede ser considerado un ejercicio de periodismo y que sí se asemeja a las publicaciones de esa época. El interés que tiene esta parte de la obra es doble: por un lado que una publicación destinada a labradores y gentes del campo incluye información sobre la guerra y el futuro del país, lo que demuestra hasta qué punto había calado entre esos españoles menos formados el interés por su nación; en segundo lugar las ventas. Si tenemos claro que Aravitg y los librereros buscaban éxito comercial, como es lógico suponer, no pudieron ofrecer una publicación periódica sin que incluyese la guerra y sus efectos.

De las 128 páginas que comprende la obra, numeración que se respeta debido al interés de confeccionar un volumen único por año, un total de 55 páginas se dedican a la guerra a o asuntos relacionados con ella. El número va decreciendo pero por la reducción del número de las páginas que va sufriendo la publicación. Así, de las 48 páginas correspondientes al número de julio, un total de 23 se dedican al *Discurso sobre el Estado de España* además de las coplas dedicadas a generales franceses; de las 40 páginas del número de agosto, 18 versan sobre la guerra; y de las 40 del número de septiembre, 14 hablan del conflicto.

Su estilo es similar al de las proclamas y gacetas que recorrían España. Se inspira y hace comparaciones con sucesos de la Biblia, de Roma, e intenta acercar al pueblo menos formado el valor de España y el abandono de ésta. A pesar de ser un estilo patriótico, no dejará de lanzar algunas críticas, como veremos, tanto a la negligencia del Gobierno en los esfuerzos que exige la guerra como a la difícil cooperación que tenían las distintas provincias españolas de hacer una campaña en común o bajo un mismo esfuerzo y orden.

En el primer *Discurso sobre el Estado de España*, Ribera y Aravitg encabeza su texto con un terceto: «No siempre del Poderoso/Se sale con el trofeo,/ Que hubo de Aman, Mardoquéo» (*La Abeja*: 26) al que luego sigue el discurso en el que se presenta cómo una sola nación, España, envilecida por la guerra, es capaz de plantar cara por sí sola a Napoleón:

¡Te resistes! ¡Ah! Tu suelo anegado en sangre filial, las Ciudades convertidas en
hiermos, los Santuarios profanados, las vírgenes ultrajadas, las Esposas de Christo

perseguidas, y sacrílegamente violadas; las voces de la tierna Madre que ha perdido á su adorado hijo; las lágrimas que derramas la amorosa Muger por la pérdida de su querido Esposo; la desesperación de la casta Doncella por la pérdida de su honor; y las exclamaciones de todos por la pérdida de sus maridos, hermanos, honra y haciendas, ¿no moverán tus entrañas, no pondrán límites á tu tenacidad? ¡España, temeraria España! ¿Qué aguardas? ¿Por qué no doblas la rodilla é imploras la clemencia de este soberbio Amán, que te está construyendo la horca para el día de mañana? [...]

Más que sabemos si esa misma horca que está destinada al constante Mardoquéo servirá para el propio Amán? ¿Qué sabemos si será España la nueva y valerosa Judith, que cortará la cabeza de ese moderno y bárbaro Olofernes? ¿Qué sabemos si la imbécil España será la piedrecita que derribará la estatua colosal del nuevo Nabucodonosor? (*La Aveja*: 27-28).

Posteriormente afirma que esa piedrecita ha provocado que Massena huya de Wellington, que se recuperase el castillo de Figueras y que Blake derrotase a Soult:

¡Qué lisonjero espectáculo! ¿Qué feliz mudanza! Ya no trata el Corso coronado de conquistar, sino de conservar, no llama ya á sus tropas invencibles, antes bien confiesa para honor nuestro y de nuestros Aliados, que sus Generales han degenerado de ser Franceses, y que le será preciso emprender por sí mismo la conquista de las Españas: Ea, ánimo pues; no se resolverá, pero si viene el tigre Emperador sabremos hacerle confesar, que nada puede contra Dios, ni contra una nación valiente, que ama su libertad (*La Aveja*: 29).

Otra característica que aparece también en las proclamas de la época y de la que el médico catalán se vale es la que a continuación presenta al lector: «MEDIOS DE QUE SE HA VALIDO Francia para el engrandecimiento de su Imperio; y método para abatirle». Un título inspirado quizás en la obra del Abate Hervás (1807). En ella hace un paralelismo entre Roma y Francia y explica que si todos los europeos se hubiesen unido contra Roma la habrían arruinado en vez de atacarla cada uno a su aire:

Sea pues la dificultad de hacer una fuerte liga entre pueblos de tan diversas costumbres é idiomas, ó sea que los Romanos con palabras lisonjeras supiesen alucinar á sus vecinos; lo cierto es, ... fue sucesivamente conquistando Monarquías de primer rango... Si con atención examinamos la política de la Francia, la hallaremos en este particular tan conforme a la de los Romanos, que no duraderos un instante que se propuso aquella por modelo, y la sigue con exactitud (*La Aveja*: 31).

Y después de criticar cómo los europeos han ido cayendo debido a defender sólo sus intereses, pasa a censurar a las Juntas provinciales por hacer cada una la guerra por su cuenta, uno de los debates de aquella época:

Si hacemos una general alianza, si consideramos que no somos Valencianos, Catalanes, ni Andaluces, sino todos Españoles, y de común acuerdo cargamos á un mismo tiempo sobre el enemigo, á buen seguro que si no es en las fortalezas de primer orden, dentro de tres meses no hallaremos un francés dentro de España. No obstante, nuestro Gobierno parece ha abierto en el día los ojos, y según los movi-

mientos que se advierten, no dudo siga ese método en lo sucesivo, pero hay remoras [...] (*La Aveja*: 35-36).

Es evidente que Aravítg se refiere al abandono en apoyos que necesitaba el Levante para seguir resistiendo en un momento en que Suchet estaba presto a tomar toda Valencia y los problemas acerca de un mando único en la causa española contra los franceses.

También en ese primer número el médico catalán deja espacio para composiciones poéticas con glosas en versos conocidas como letras, así como glosas, epigramas, en definitiva, versos satíricos: «Al feliz nacimiento de su Alteza Imperial, Rey de Roma, Napoleónito», «Al general Guillot, Gobernador de Figueras, con motivo de perseguir al Dr. Rovira, y haberle decretado la muerte, según dicen, pocos días antes de que éste le sorprendiera en el Castillo con toda la Guarnición», «A Massena, llamado á Francia después de haber perdido su ejército en Portugal, y su equipage en el camino de Francia», «A Soult que yendo a socorrer à Badajoz fue derrotado en la Albuera, donde creía él muy débiles à los Aliados» y «El principado de Cataluña, por la pérdida de Tarragona».

Todos, salvo el relativo a Tarragona, acaban con comentarios jocosos acerca del descrédito de las tropas francesas o de los enfados de Napoleón cuando Talleyrand le comenta los desastres de sus tropas en España. En el relacionado con la ciudad catalana, Ribera Aravítg comenta que Cataluña no está perdida todavía pues resisten Figueras y que hay partidas: «De donde concluyo, que á todo mal dar, necesitan ocho meses (y tal vez serán ocho años) los Franceses para sujetar á Cataluña, no derrotando antes aquel ejército». Así termina el primer número de *La Aveja*.

En el segundo ejemplar, el referido al mes de agosto, y tras el terceto «perseverando en las obras,/ las vencen y las acaban,/ Quantos las dificultaban», el discurso de Aravítg es contra Godoy y los que le apoyaban y contra los afrancesados. Es muy interesante, como se puede leer más adelante, cómo identifica a éstos con la nobleza y a los héroes con el pueblo llano. Hace de nuevo una retrospectiva y muestra cómo España fue traicionada por el Gobierno de Godoy y cómo los que llama «Sabios» tenían claro que el país iba a quedar sometido fácilmente al genio corso. Es un discurso en contra de los traidores. De hecho incluye un epígrafe titulado «¿Qué haremos de los traidores?».

Según el médico catalán, España había atravesado «el mas cruel despotismo». «Quando necesitaba de un sabio y pacífico Gobierno que restableciera su esplendor, y de una paz duradera para recobrar sus fuerzas, no falta un vil ente, azote de la humanidad, que le declara la guerra». Crítica a los afrancesados, que aparecen bajo el nombre de «Sabios», o a los que dan la guerra por perdida en las informaciones que envían. De ellos se apunta:

En efecto, si pedimos á nuestros Ministros una relación actual del Reyno; si convocamos a nuestros Sabios, para la deliberación de lo que debemos obrar [...].

Si hablan los Ministros oiremos con dolor que el enemigo, valiendose de los sagrados dictados de amistad y alianza, se ha apoderado de las plazas de Barcelona, Figueras y Pamplona; que tienen invadidas [...].

Que lexos de poder resistir á la omnipotencia del comun conquistador, nos hallamos, dicen los Sabios, en el estado de temer las fuerzas aun de las Potencia más débil [...] y finalmente, que en el Erario no hay un cuarto, ni el Pueblo puede tampoco furnirlo por las muchas y enormes vexaciones que ha sufrido durante el despótico gobierno de Godoy. ¿Pues qué haremos?

Es preciso, dicen, obrar con prudencia, asegurar nuestra subsistencia, conservar nuestros empleos, y hacernos amigos del poderoso. El Pueblo hará las mismas reflexiones que nosotros, y se sujetará sin resistencia; ha leído las gazetas, y en

ella los prodigios de este heroe inmortal. [...] ¿cómo pues no temblará el Pueblo; mayormente sabiendo que Dieu protege la France, como dice Napoleón [...]?

Este era el sentir de nuestros sabios políticos allá en sus principios; y no ha dejado de sorprenderles al ver que unos pocos *brigans è insurgentes* han derrotado ya tres quartas partes de aquellos invencibles soldados [...].

¡Qué extraña metamorfosis ha sucedido á la imaginación de nuestros Sabios! Pocos días hace, sus discursos eran otros tantos pronósticos de la ruina de España [...] Pocos dias hace lisonjeaban su vanidad con la esperanza de un grande empleo, su ambición con grandes riquezas, premio de sus traiciones, y ahora palpita su corazón, zozobra su espíritu, y desfallece de ánimo á la sola voz de insurgente que antes tuvieron por insano [...].

¿Infelices, cuán tarde conoceis lo que puede una Nación unida en masa, y que no quiere ser conquistada! [...].

Ya lo confesais, ya conoceis, bien que tarde, que habeis calculado mal; ya os veis aborrecidos de vuestros parientes, perseguidos de vuestros paisanos, despreciados de vuestros aliados, insultados de vuestros compañeros, olvidados de Napoleón [...] (*La Aveja*: 71-76).

Es interesante lo que pide Aravitg para los afrancesados. Cita la Ley de las Doce Tablas del Derecho Romano y la obra de derecho penitenciario del siglo xvi de Tomás Cerdán de Tellada (*Visita de cárcel y de los presos*). Pide que una vez se les detenga se les saque a la plaza pública en los lugares donde ha hecho daño para que se registren sus daños y una vez repuestos con su hacienda y patrimonio se entregase a los que había perjudicado para que lo descuartizasen. El médico catalán afirma que el delito de traición a un país es la más grave y que aunque Cerdán de Tellada consideraba la pena capital como desmedida, Aravitg se pregunta:

[...] ¿Sería crueldad en un traidor? ¿En un hombre que ha vendido á su misma Nacion que le dio el ser y sustentaba, que le habia llenado de honores y riquezas? [...].

¡Ah! Si abriéramos los ojos; [...] si hubiese un Robespierre para los traidores, [...] si supiéramos desnudar de todas sus cruces honores, títulos y estados á esos desnaturalizados Duques, Condes, Marqueses que han seguido el partido francés, y premiar con estos despojos la constancia y lealtad de los Contreras, Estradas, Alvarez, Errastis, Roviras, Minas, y Empecinados[...] (*La Aveja*: 76-78).

Como hemos dicho, es interesante este punto, pues hay una identificación de traidor con nobleza, cierto que dice «desnaturalizado» y fidelidad o heroísmo con pueblo llano. Hay un evidente intento, pues, de demostrar al lector, y no olvidemos el público al que iba dirigida esta obra, que los traidores venían de una nobleza o Antiguo Régimen y que el futuro estaba en el «pueblo», como él mismo dice; en los verdaderos salvadores y guardianes de la nación. Por tanto, podemos ver que el escrito de Aravitg tiene bastante significación política. De hecho en su discurso tercero hablará de «nuestra revolución» cuando se refiere al levantamiento contra los franceses, siguiendo el concepto que tuvo de ella el mismo Conde de Toreno (*La Aveja*: 115).

Después del discurso, el médico catalán incluye las coplas contra los franceses, en este caso tituladas «Endechas», «Al sacrílego Suchet, orgullosos por la toma de Tarragona», una «Letra» contra los generales napoleónicos, tres glosas bajo los títulos de «Al efecto de haberse perdido las mas bellas ocasiones de derrotar al enemigo», «A Napoleón. Mas

poderoso que Dios» y «La tía Leticia viendo quan en vano han sido los sacrificios que ha hecho en España su hijo Napoleón, le aconseja, con un sentido, que desista de la empresa, al paso que con otro abate su orgullo llamandole hijo de remiendos hecho».

Por último termina el número con un enigma, «Respóndame los Curiosos/ Del Corso, á esta pregunta:/ Al despertarse, ¿qué piensa? / Al dormirse, ¿qué discurre?», que resuelve en el número de septiembre (*La Aveja*: 123).

En su discurso «Sobre el Estado de la España» del mes de septiembre y después, como en los anteriores, del terceto «Del poco importa de España / Sacan Génova, y Franceses, / Risa, y grandes intereses.», el galeno catalán hace juicio sobre las noticias que habían llegado a Valencia sobre las disposiciones tomadas para auxiliar al reino de Valencia, destinadas a resistir a Suchet (*La Aveja*: 114-122). Aunque afirma que las ayudas «hacen renacer aquellas lisonjeras esperanzas que se hallaban quasi del todo amortecidas», se pregunta por qué ha sido incapaz de armarse España en tres años y cómo no ha sido capaz de enfrentarse la nación a los franceses en igualdad de condiciones permitiéndose que cayeran las mejores tropas y plazas. Explica seguidamente los motivos que da el Gobierno: que la masa del pueblo no sabe hacer la guerra; que hay muchas plazas en España y no hay que perderlo todo por una; que hay muchos patriotas para sumarse al ejército de una manera constante y que los generales han atendido más sus causas particulares que las comunes. De todo esto dice:

Está bien, me convencen las razones; deseémoslo para después, y entonces muerto el borrico la ceba al rabo. Si en el ínterin cae Gerona, no importa, tenemos á Hostalrich; si cae ésta no influye, tenemos Lérida; si ésta se rinde no nos perjudica, tenemos Tortosa [...] y si ésta cae, no es cosa, tenemos todos un cordel para ahorcarnos, si no queremos ser Franceses, al paso que éstos y aliados se felicitan (*La Aveja*: 117).

Pero censura el médico catalán que la falta de decisión y la lentitud de los esfuerzos son el mayor enemigo de la causa española y la mejor arma de los franceses. De nuevo, pues, Ribera Aravitg hace juicio sobre aquellas noticias que corren por Valencia.

Si Julio Cesar oyera á estos celebres hombres, no diria lo que ordinariamente decia, que en las empresas peligrosas y atrevidas conviene obrar y no deliberar; porque la prontitud contribuye mas que a todo para la victoria, al paso que la reflexion enfria el corage, y hace al hombre tímido.

[...]

No siempre la prontitud es triunfante: debe la reflexión tener parte en nuestras acciones, y los primeros ímpetus deben refrenarse. Con todo, las mas veces la fortuna está de parte de los sentimientos prontos, y todas las victorias que han conseguido los Franceses las deben, ó á la intriga, ó á la prontitud de sus movimientos, al paso que á nosotros nos ha perdido la flema (*La Aveja*: 118-119).

4. CONCLUSIÓN: UN CALENDARIO EN MEDIO DE LA GUERRA

Consideramos que *La Aveja en el Jardín Florido* posee un interés notable por varios motivos. En primer lugar porque es un ejemplo más que demuestra cómo convivieron durante el XIX fórmulas antiguas del periodismo, más propias del XVII y del XVIII, con el incipiente periodismo político. En segundo lugar por la aparición en un almanaque

o calendario de informaciones y juicios políticos sobre el desarrollo de la guerra y de los males de España. Es evidente que no es un hecho nuevo, pues ya recuerda Zabala (1978: 207-208) casos de calendarios metidos en asuntos de Estado y que incluso fueron proscritos, mientras que Jesús T. Álvarez (1983) afirma que algunos de ellos incidían en hacer propaganda de las ideas burguesas o liberales. Pero el ejemplo de la *Aveja* evidencia que aquellos interesados en fórmulas periodísticas ajenas a la política no pudieron evitar entrar en dichos asuntos, ya fuese por el interés que despertaban en sus propios autores o por la necesidad de incluir comentarios en una época en la que los lectores las demandaban porque se habían acostumbrado a ellas. Y este hecho es muy significativo, porque explica cómo hasta en una colección destinada a labradores y hortelanos aparece la política y la guerra, porque también ellos estaban interesados en conocer y saber qué acontecía en España. Más valor consideramos que tiene esta *aveja* al saber que en las ediciones de los años treinta no se hace referencia alguna a los sucesos también dramáticos que vivían los españoles.

Por último, hay que destacar también la importancia del autor. Francisco Ribera y Aravitg es una buena muestra de aquellos que se acercaron al periodismo. Un hombre formado en Medicina pero con un gran interés por la divulgación, aunque fuera de temas profanos; un universitario que adhería sus conocimientos científicos a los saberes populares o a las meras supersticiones. Un galeno catalán que posiblemente tuvo que escribir con frenesí para poder ganarse el sustento en Valencia durante su exilio en la guerra al no poseer todavía el título de Medicina. Un médico que quizás encontró gusto o se sorprendió con su habilidad para escribir y hacer calendarios, pero del que nos preguntamos por qué no repitió su empeño hasta veinte años más tarde.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR PIÑAL, FRANCISCO (1978), *La prensa española en el siglo XVIII. Diarios, revistas y pronósticos*. Madrid, CSIC.
- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ y DE LA FUENTE, GREGORIO (2009), *El nacimiento del periodismo político. La libertad de imprenta en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*. Madrid, APM.
- ÁLVAREZ, JESÚS, T. (1983), «Los almanaques, instrumentos de la revolución liberal en los siglos XVII y XVIII», en Alberto Gil Novales (ed.), *La prensa en la revolución liberal*. Universidad Complutense, pp. 493-507.
- Archivo Administrativo del Ayuntamiento de Barcelona. 494-58, 22.
- «Bibliographia Médica hispana 1475-1950» (1991), en *Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia*. xxxv Serie C. Vol. iv Libros y folletos 1801-1850, Valencia, Universidad de Valencia CSIC.
- BILBAO, JESÚS M^a (1994), *El diario de Valencia: Luces y sombras, 1790-1800*. Valencia, Fundación Universitaria San Pablo CEU.
- BLASCO, RICARD (1943), *La Premsa en el País Valencià, 1790-1983*, Valencia, Diputación.
- BOSCH, M^a DOLORES (1990), «Aproximación a los hombres del periodismo español del siglo XVIII», en *Estudios de Historia Social*, nº 52 y 53, pp. 65-72
- CHECA GODOY, ANTONIO (2009), *La prensa española durante la guerra de la Independencia*. Cádiz, Quórum Editores.
- CALBET I CAMARASA, JOSEP y CORBELLA I CORBELLA, JACINT (1983), *Diccionario Biográfico de Meftges Catalans*, Barcelona, Fundación Salvador Vives y Seminari Pere mata de la Universidad de Barcelona, Editorial Rafael Dalmau.

- (1998), «El paper de *La Abeja Médica* en el desenvolupament de la toxocologia a Catalunya a meitat del segle XIX», en *Gimbernat: Revista catalana de Historia de la Ciencia*, nº 30, pp. 119-127.
- CALBET I CAMARASA, J. M. (1967), *Prensa médica en Cataluña hasta 1900*. Tesis Doctoral, Barcelona.
- CORTÉS, Jerónimo. *El nuevo lunario perpetuo y pronóstico general y particular para cada reino y provincia: Contiene el antiguo lunario / adicionado por Don Pedro Enguera, aumentada esta edición con las efemérides de la historia de España, hasta el día, varias noticias y tablas astronómicas; y un curioso apéndice titulado El Nestor de los siglos por D. Francisco Javier Rivera y Aravítg* (1848), Barcelona, D.M. Saurí.
- Diario de Barcelona*. (1840: Vol. X, 4030); (1841: Vol I, 279) y (1845: Vol. XII, 4445).
- GIL NOVALES, Alberto (2006), «La Gazeta de Valencia, 1808», en *Trienio, Ilustración y Liberalismo*, nº 48, pp. 41-122.
- GÓMEZ APARICIO, Pedro (1967), *Historia del periodismo Español. Desde la Gaceta de Madrid hasta el destronamiento de Isabel II*, Madrid, Editora Nacional.
- GÓMEZ IMAZ, Manuel (1910), *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia*. Madrid, s.n.
- HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo (1807). *Causas de la revolución en Francia en el año 1789 y medios de que se han valido los enemigos de la religión y del Estado*. Madrid.
- LAGUNA, Antonio (1990a), «El periodismo español en el siglo XVIII, ¿qué periodismo?: el caso del *Diario de Valencia*», *Estudios de Historia Social*, nº 52 y 53, pp. 283-294.
- (1990b), *Historia del periodismo valenciano, 200 años en primera plana*, Valencia, Publicacions de la Generalitat Valenciana.
- (2001), *Història de la Comunicació: València, 1790-1898*. Bellatera, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- MERCADIER, Guy (1995), «Una pequeña universidad en casa: el almanaque», en *Estudios Dieciochistas en Homenaje al profesor José Miguel Caso González*, Vol. II. Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII.
- MESTRE, Antonio (1976), *Despotismo e Ilustración en España*. Barcelona, Ariel.
- (1989), «El siglo XVIII valenciano», en *Serie Histórica de la Real Academia de Cultura Valenciana*, nº 4. Valencia, 1984 (4), 11-31.
- NAVARRO CABANES, Josep (1928), *Catàleg Bibliogràfic de la premsa valenciana escrita en nostra llengua*, Valencia, Editorial Diario de Valencia.
- RIVERA I ARAVITG, Francisco Xavier (1834), *Historia del Cólera Morbo asiático que contiene su origen, progresos, síntomas, pronóstico, causas, precauciones sanitarias, examen de los varios metodos curativos que se han publicado, disposiciones personales, y metodo curativo que debe seguirse*, Barcelona, Tomás Gaspar.
- (1835), *La Abeja en el Jardín Florido; o sea Calendario Perpetuo, instructivo, curioso, divertido y muy útil tanto a los labradores, hortelanos, jardineros y aficionados a criar aves*, Barcelona, Imprenta de Tomás Gaspar.
- (1838), *El médico y cirujano de valde, ó prontuario del arte de curar*. Barcelona, T. Gaspar.
- (1845), *Almanaque y Calendario General para el año 1845*. En Barcelona: Imprenta de Valentin Torras, rambla de los Estudios.
- SÁNCHEZ HITA, Beatriz (2008), *Los periódicos del Cádiz de la guerra de la independencia (1808-1814). Catálogo comentado*. Cádiz, Diputación de Cádiz.
- SERRANO Y MORALES, José (1898), *Reseña histórica en forma de diccionario de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico hasta 1868, Con noticias bibliográficas de sus principales impresores*. Valencia. Imprenta F. Doménech.

- TORRES AMAT, Félix (1836), *Diccionario crítico de los escritores catalanes*, Barcelona, J. Verdeguer.
- URZAINQUI, Inmaculada (1995), «Un nuevo instrumento cultural: la prensa periódica», en Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, François LÓPEZ e Inmaculada URZAINQUI, *La República de las letras en España del siglo XVIII*, Madrid, CSIC.
- ZABALA, Iris (1978), «Literatura popular novadora: lucha y caída de los astros», en (misma autora), *Clandestinidad y libertinaje erudito en los albores del s. XVIII*, Barcelona, Ariel.